



Castillo de Tarifa (Cádiz). Tracería de ladrillo, en relieve, que corre en lo alto y por el interior de todo el muro del frente del mar.

Tarifa, agosto 1958.

El milenario del castillo de Tarifa

POR FEDERICO BORDEJÉ

Es un hecho ya adquirido por todos los historiadores de la arqueología que la fortificación musulmana implantada en España desde la iniciación del Emirato cordobés fue, en principio, una simple transcripción de la fortificación bizantina, aquí trasladada en sus elementos y rasgos esenciales, aunque prontamente ajustada a las condiciones geográficas y constructivas del nuevo terreno en que se asentaba. Ello proporcionó a nuestros monumentos militares unas modalidades especiales que, desde el comienzo y a lo largo de todo el tránsito medieval, fijaron su inconfundible fisonomía y personalidad.

Sobre la puerta principal del actual castillo de Tarifa campea una simple lápida de mármol que, en claros caracteres cúficos, anuncia su reconstrucción, efectuada en el mes de abril del año 960, por orden del Califa Abderramán III. Si la existencia *in situ* de esa bella inscripción es ya por sí un milagro, no lo es menos el que la construcción sea también la original, pues, salvo las adiciones que la constante vida militar del edificio impuso, la obra califal permanece intacta en casi su total integridad.

El valor de esa lápida, a la que pueden acompañar las conservadas en los museos de Madrid, Mérida, Toledo y Cartagena, que recuerdan las fundaciones de la Alcazaba o Conventual extremeño y del castillo de Baños de la Encina en los años 835 y 968, respectivamente, o la ampliación y restauración de los recintos y puertas toledanas, por Wamba, y de las de Cartagena